

## IV

Cuando la Sabel le vió en tal estado, le creyó muerto. Su cariño volvió á dominar en su corazón, y no pensando ya ni en el molinero, ni en la mala vieja, cogió el niño de brazos de Magdalena y se puso á besarle gritando y llorando. Le tendieron sobre sus rodillas, á la orilla del río, le lavaron las heridas y restañaron la sangre con sus pañuelos; pero no tenían nada para hacerle volver en sí. Magdalena, calentándole la cabeza contra su corazón, le soplabá en la cara y en la boca como se hace con los ahogados. Esto le reanimó, y tan pronto como abrió los ojos y vió los cuidados que le prodigaban, besó á Magdalena y á la Sabel una tras otra con tanta efusión, que tuvieron que contenerlo, por temor de que se volviese á desmayar.

—Vamos, vamos, dijo la Sabel, es preciso volvernos á casa. No, jamás podré yo separarme de este niño, bien lo veo, y no quiero volver á intentarlo. Me quedo con sus diez escudos, Magdalena, para pagar esta noche si me obligan. Pero no diga usted nada; iré á ver mañana á la señora de Presles para que no nos desmienta, y dirá, si es preciso, que aun no le ha pagado el importe de su hilado; ganaremos tiempo,

y yo, aunque tenga que mendigar, me las arreglaré para devolverle á usted este dinero, á fin de que no la molesten por culpa mía. No puede usted tener este niño en el molino; su marido le mataría. Déjemele usted; juro cuidarlo como de costumbre, y si vuelven á importunarnos, allá veremos.

La suerte quiso que el regreso del expósito se hiciera sin ruido y sin que nadie lo notara, pues sucedió que la tía Blanchet había caído gravemente enferma de una congestión cerebral, antes de haber podido enterar á su hijo de lo que había exigido de la Sabel respecto al expósito, y Blanchet se apresuró á llamar á la vecina para que ayudase á hacer las faenas de la casa, mientras Magdalena y la criada asistían á su madre. Durante tres días, todo anduvo revuelto en el molino. Magdalena no perdonó pena ni fatiga para cuidar á su suegra y pasó tres noches en vela á la cabecera de la enferma, que expiró en sus brazos.

Esta desgracia abatió durante algún tiempo el humor displicente del molinero. Quería á su madre hasta donde podía quererla, y puso su amor propio en hacerle un entierro conforme á sus medios. Olvidó á su amante el tiempo que el decoro exigía, y hasta se le ocurrió hacerse el generoso, dando la ropa usada de la vieja á las vecinas pobres. La Sabel tuvo su parte en estos regalos, y el mismo expósito recibió un franco, porque Blanchet se acordó de que, en un momento en que urgía aplicar sanguijuelas á la enferma, todo



el mundo corrió inútilmente á buscarlas, mientras que el expósito, sin decir nada, fué á pescarlas en una charca en que le constaba que había, y trajo algunas en menos tiempo del que los demás habían necesitado para ponerse en camino.

Blanchet había olvidado casi enteramente su rencor, y nadie supo en el molino la tentativa de la Sabel para devolver su expósito al hospicio. La cuestión de los diez escudos de Magdalena sacóse á relucir más tarde, pues el molinero no se había olvidado de hacer pagar el alquiler de su casita á la Sabel. Pero Magdalena afirmó haberlos perdido en la pradera, al echar á correr, á la noticia del accidente de su suegra. Blanchet los buscó durante mucho tiempo y riñó fuerte á su mujer, pero no supo el empleo de aquel dinero, y la Sabel no fué objeto de sospecha alguna.

Á partir de la muerte de su madre, el carácter de Blanchet cambió poco á poco, aunque sin enmendarse. Se aburría más en casa, se fijó menos en lo que pasaba en ella y fué menos avaro en sus gastos. Pero también fué más ajeno á los provechos pecuniarios, y como engordaba, se acostumbraba á la vida des-  
arreglada y trabajaba cada vez menos, buscó beneficios en negocios de escasa buena fe y en una pequeña chalanería que le hubiera enriquecido si no se hubiese puesto á gastar por un lado lo que ganaba por otro. Su concubina adquirió cada día mayor dominio sobre él. Lo llevaba á las ferias y asambleas para mangonear en trapacerías y llevar una vida tabernaria. Apre-



¿NO SE ACUERDA?, CONTESTÓ EL EXPÓSITO SENTÁNDOSE A LOS PIES DE MAGDALENA



dió él á jugar y con frecuencia le favoreció la suerte; pero más le valiera haber perdido siempre, á fin de perder hasta la afición, pues aquel desarreglo acabó de sacarle de quicio, y, á la menor pérdida que experimentaba, se ponía furioso contra sí mismo y era malo con todo el mundo.

Mientras él llevaba tan reprochable vida, su mujer, siempre juiciosa y afable, cuidaba del hogar y criaba con amor á su único hijo. Pero se consideraba doblemente madre, pues había puesto gran cariño en el expósito y velaba por él casi tanto como por su Juanito. Á medida que su marido se volvía más libertino, ella venía siendo menos sierva y menos desgraciada. Al principio de su libertinaje, Blanchet mostróse todavía muy rudo, porque temía los reproches y quería tener á su mujer en estado de miedo y sumisión. Cuando vió que por naturaleza odiaba las querellas y no se mostraba celosa, tomó la determinación de dejarla tranquila. No teniendo ya á su madre para excitarlo contra ella, no tuvo más remedio que reconocer que no había ninguna mujer tan económica para sí misma como Magdalena. Acostumbróse á pasar semanas enteras fuera de su casa, y el día que volvía á ella con ganas de armar camorra, era desencolerizado por un silencio tan paciente que le extrañaba de pronto y acababa por dormirse. Así es que no se le volvía á ver hasta que estaba cansado y tenía necesidad de reposo.

Era preciso que Magdalena fuese una mujer muy



cristiana para vivir de aquel modo, sola con una vieja criada y dos niños. Pero es que, de hecho, era quizá mejor cristiana que una religiosa; Dios le había concedido una gracia muy grande permitiéndole aprender á leer y comprender lo que leía. Sin embargo, era siempre lo mismo, pues no poseía más que dos libros, el *Santo Evangelio* y un compendio de la *Vida de los Santos*. El Evangelio la santificaba y la hacía llorar á solas cuando lo leía por las noches junto á la cama de su hijo. La Vida de los Santos le producía otro efecto: era, mal comparado, como cuando las gentes desocupadas leen cuentos y se calientan los cascos por imaginaciones y mentiras. Todas aquellas hermosas historias le daban ideas de valor y hasta de alegría. Y más de una vez, en el campo, el expósito la vió sonreír y ponerse colorada, cuando tenía su libro sobre las rodillas. Esto le asombraba mucho, y le costaba mucho trabajo comprender que las historias que ella le refería arreglándolas un poco para hacérselas comprender (y quizá porque ella misma no las comprendía todas muy bien de cabo á rabo), pudiesen salir de aquella cosa que ella llamaba un libro. Le entraron ganas de aprender á leer, y aprendió tan de prisa y tan bien con ella, que la dejó asombrada y fué, á su vez, capaz de enseñar á Juanito. Cuando Francisco llegó á la edad de hacer su primera comunión, Magdalena le ayudó á instruirse en el catecismo, y el cura de su parroquia quedó encantado de la inteligencia y de la buena memoria de aquel mucha-

cho, que pasaba por tonto, porque le faltaba conversación y era tímido con todo el mundo.

Cuando hubo hecho su primera comunión, como se hallaba en edad de trabajar, la Sabel le vió con gran satisfacción entrar de mozo en el molino, y Blanchet no se opuso á ello, porque todo el mundo sabía que el expósito era un buen muchacho, muy laborioso, más fuerte, más dispuesto y más razonable que todos los mozalbetes de su edad. Por otra parte, se contentaba con diez escudos de salario y había conveniencia en tomarlo. Cuando se vió completamente al servicio de Magdalena y de Juanito á quienes quería tanto, Francisco se encontró muy dichoso, y cuando comprendió que, con el dinero que él ganaba, la Sabel podría pagar el alquiler de su casa y verse así libre de su principal preocupación, encontróse más rico que el rey.

Desgraciadamente la pobre Sabel no disfrutó mucho tiempo de aquella recompensa. Á la entrada del invierno, tuvo una grave enfermedad, y, á pesar de todos los cuidados del expósito y de Magdalena, murió el día de la Candelaria, después de una mejoría tan grande que la creían curada. Magdalena la echó de menos y la lloró mucho, pero trató de consolar al pobre expósito que, sin ella, nunca hubiera dominado su pena.

Al cabo de un año, aun pensaba en la pérdida de su madre todos los días y casi á cada instante, y una vez dijo á la molinera:



— Siento como un arrepentimiento cuando ruego por el alma de mi pobre madre, y es el de no haberla amado bastante. Estoy seguro de haber hecho siempre todo lo posible para contentarla, de no haberle dicho nunca sino buenas palabras, y de haberla servido en todo como la sirvo á usted; pero debo confesar á usted una cosa, señora Blanchet; una cosa que me pesa y por la cual pido perdón á Dios con mucha frecuencia: y es que, desde el día que mi pobre madre quiso llevarme al hospicio, y usted tomó mi defensa para impedirlo, el cariño que yo le tenía disminuyó á pesar mío en mi corazón. No le tenía rencor por eso, ni siquiera me permitía pensar que había hecho mal en querer abandonarme. Estaba en su derecho; yo la perjudicaba; ella le tenía miedo á la tía Blanchet, y, después de todo, lo hacía contra su propia voluntad; pues bien vi entonces que me quería muchísimo. Pero no sé cómo cambió la cosa en mi espíritu, con una fuerza superior á mi voluntad. Desde el momento que usted dijo palabras que no olvidaré jamás, la quise más que á ella, y, por más que hacía, pensaba más en usted que en ella. En fin, murió, y yo no me he muerto de pena como me moriría si usted muriese.

— ¿Y qué palabras dije, hijo mío, para que así me dices toda tu amistad? No me acuerdo.

— ¿No se acuerda?, contestó el expósito sentándose á los pies de Magdalena que hilaba en su torno escuchándole. Pues dijo, dando escudos á mi madre: «Tome usted, le compro este niño; desde hoy me per-

tenece.» Y usted me dijo besándome: «Ahora, ya no eres expósito, tienes una madre que te amará como si te hubiera puesto en el mundo.» ¿No dijo usted eso, señora Blanchet?

— Es posible, y dije lo que pensaba, lo que pienso todavía. ¿Te parece que he faltado á mi palabra?

— ¡Oh! ¡no! Pero...

— Pero ¿qué?

— No, no lo diré, porque no está bien quejarse, y no quiero portarme como un ingrato que no reconoce los beneficios.

— Ya sé que no puedes ser ingrato, y quiero que digas lo que sientes. Á ver ¿qué te falta para no ser mi hijo? Di, te lo mando como se lo mandaría á Juanito.

— Pues bien, es que..., es que usted besa á Juanito muy á menudo, y á mí no ha vuelto á besarme desde el día de que hablábamos hace un instante. Sin embargo, me cuido siempre de tener la cara y las manos muy limpias, porque sé que no le gustan los niños sucios y que siempre lava y peina á Juanito. Pero no por eso me besa más, y mamá Sabel tampoco me besaba mucho. Sin embargo, veo que todas las madres acarician á sus hijos, por lo cual veo que sigo siendo expósito y que usted no lo puede olvidar.

— Ven á besarme, Francisco, dijo la molinera sentándole sobre sus rodillas y besándole en la frente con mucho cariño. Hice mal, efectivamente, en no pensar nunca en eso, y merecías más de mí. Toma ¿ves? te



beso con todo mi corazón, y ahora estás bien seguro de que no eres expósito ¿verdad?

El niño se abrazó al cuello de Magdalena, y se puso tan pálido que ella quedó sorprendida, y se lo quitó suavemente de encima procurando distraerle. Pero él la dejó momentos después, y se fué solo, como para ocultarse, lo cual inquietó á la molinera. Le buscó y le encontró de rodillas en un rincón de la granja y anegado en lágrimas.

— Vamos, Francisco, le dijo levantándolo, no sé lo que tienes. Si es que piensas en tu pobre madre Sabel, hay que rezar una oración por ella y te sentirás más tranquilo.

— No, no, dijo el muchacho retorciendo el borde del delantal de Magdalena y besándola con todas sus fuerzas; no pensaba en mi pobre madre. ¿No es usted mi madre?

— ¿Entonces por qué lloras? Me apenas.

— ¡Oh, no! ¡oh, no! no lloro, contestó Francisco secándose vivamente los ojos y tomando un aire alegre; es decir, no sé por qué lloraba. De veras que no lo sé, porque estoy contento como si me hallara en el paraíso.

## V

Desde aquel día, Magdalena besó al expósito mañana y tarde, como si fuera su hijo, y la sola diferencia que hizo entre Juanito y Francisco, fué que mimaba al más joven, como correspondía á su edad. No tenía más que siete años cuando el expósito tenía doce, y Francisco comprendía muy bien que un gran muchacho como él no podía ser acariciado como un pequeño. Por otra parte, diferían más en apariencia que en edad. Francisco era tan alto y robusto, que parecía un muchacho de quince años, y Juanito era delgado y pequeño como su madre, á la que se parecía muchísimo.

Así las cosas, sucedió que una mañana en que Magdalena recibía los buenos días de Francisco en la puerta, y la besaba como de costumbre, su criada le dijo:

— Me parece, sin ofenderla á usted, mi señora, que ese mozo es muy grande para hacerse besar como una niña.

— ¿Cómo?, contestó Magdalena sorprendida. ¿Pero no sabes la edad que tiene?

— Sí; y no vería en ello mal alguno, á no ser que es expósito, y que yo, que no soy más que la criada de usted, no le besaría por mucho dinero que me diesen.